

dCIDOB 100.
1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Del multiculturalismo al transculturalismo.
Yolanda Onghena

DEL MULTICULTURALISMO AL TRANSCULTURALISMO

Yolanda Onghena Coordinadora del Programa Dinámicas Interculturales, Fundación CIDOB

“La interculturalidad, más que un área específica del conocimiento, es una perspectiva a través de la cual se puede reflexionar en torno a la diversidad de referentes, significados y relaciones que se implican en el conjunto de la humanidad. Es una especie de interrogación sobre las múltiples realidades sociales y culturales que se formula a partir del desarrollo del concepto diversidad” (Fundación CIDOB, 1996). Con esta reflexión se inició, en la década de los noventa, un programa en torno a la interculturalidad en la Fundación CIDOB.

Era una época en la cual el término intercultural únicamente se usaba para hablar de una fiesta o una comida de cuscús, organizada por una asociación de vecinos en un barrio con presencia inmigrante, o alguna otra iniciativa local que bajo este lema hacía esfuerzos por implicar a estos nuevos ciudadanos en algún proyecto. En cambio, para organizar la convivencia se hablaba de multiculturalismo, término utilizado igualmente para el reconocimiento del hecho en sí mismo (la diversidad cultural existente en el terreno) así como también por una aceptación normativa (la manera cómo se organiza la vida social y pública).

Durante los años 70-80 el multiculturalismo, a partir de la teoría del pluralismo cultural, fue el marco de nuevas políticas y programas educativos, de participación pública y de asistencia jurídica. “El pluralismo cultural, como filosofía de la diversidad (desde la posguerra de la Segunda Guerra Mundial y sobre todo, desde los años 60) parte precisamente del principio que no es legítimo destruir o manipular las culturas, y que es perfectamente posible llegar a una unidad en la diversidad. Esta tendencia se ha concebido y formulado de diversas maneras, pero se podría sintetizar en dos grandes principios: igualdad de derechos, responsabilidades y oportunidades (el principio de la ciudadanía) y el respeto de las diferencias etnoculturales (el derecho a la diferencia)” (Onghena, 2000).

El multiculturalismo ha sido un intento de organizar la mezcla de personas con sus elementos culturales y sus valores, reivindicando supuestos derechos culturales. Bajo el lema “derecho a la diferencia” ha dado visibilidad a lo diferente, ha luchado contra el racismo, sensibilizado políticas y reformado programas educativos. Sin embargo, en los últimos años asistimos a un cierto desencanto hacia las posibilidades del multiculturalismo de interpretar la diversidad en un proyecto de sociedad, ya que utiliza el lenguaje de la diversidad pero a partir de códigos y normas etnocéntricos. Habla de tolerancia de culturas diferentes en lo privado pero de conformidad hacia una cultura unitaria en lo público. A pesar de ello, hasta ahora es la única tendencia que ha sido capaz de formular un proyecto político. En este sentido, ¿se trataría, quizás, de interculturalizar el multiculturalismo?

Durante los últimos diez años desde la Fundación CIDOB hemos reflexionado y discutido temas en relación con las dinámicas interculturales en seminarios internacionales (Barcelona, Rabat, Toulouse, Gante, Estambul), hemos publicado las intervenciones y las líneas transversales de los debates llevados a cabo durante los seminarios, además de editar diversas publicaciones monográficas. En la actualidad,

más que hacer un balance, quizás es el momento de preguntarnos dónde nos situamos.

Continuamos proponiendo las dinámicas interculturales como objeto de investigación, de análisis y de debate que nos permita identificar la complejidad de lo cultural, aunque sin sustituir otros análisis específicos. Nos situamos en este *in-between* para poder comprender lo que pasa entre, sobre y con cada uno de los actores de la percepción o de la acción (tanto en la cooperación como en el conflicto). Seguimos intentando implicar diferentes disciplinas y expertos de diferentes lugares para una puesta en común con la organización de los seminarios –en la medida de lo posible– en otras ciudades para recoger la opinión de otros públicos. Hemos intentado proponer temas concretos que nos permiten acercarnos –incluso adentrarnos– en las dinámicas como son la confianza, las representaciones y las fronteras.

Después de diez años de trabajo sería oportuno demostrar que la reflexión en torno a la interculturalidad ha ido evolucionando a un ritmo acelerado. Frente a este ritmo, que no es otro que el de los cambios en las mismas sociedades, vemos una incapacidad de absorción por parte de los que piensan estos cambios y las sociedades. Es necesaria una nueva gramática para hacer visible esta complejidad producida por la movilidad y el ritmo frenético de los cambios. “Se echan en falta nuevos modelos de pensar y de organizar la realidad que no estén seducidos por arquitecturas que resultan luego inhabitables, pero que tampoco renuncien a sintetizar y organizar lo diverso. (...) El vocabulario de la descripción y del análisis cultural ha de ser ampliado para que encuentren en él un lugar las irregularidades, la excepción y el desacuerdo. Pero también una crítica a la folclorización que es, en el fondo, un obstáculo para el pluralismo que se oculta bajo un extremado respeto de las diferencias” (Innerarity, 2006).

Nos damos cuenta de que ante las preguntas fundamentales sobre las causas determinantes de los procesos existe una divergencia de respuestas: desde la respuesta ideológica, religiosa, nacional, hasta incluso la de orden político o económico. Es por eso que es indispensable que cada disciplina tome en cuenta su responsabilidad en esta búsqueda de comprensión. Sin embargo, cuando queremos establecer una interrelación entre las respuestas y elaborar una interpretación para la gestión necesitamos un marco de referencia más global que incluye la divergencia de intereses, de cambios, de innovaciones. “Lo que importa es la manera como las cosas sociales y más en concreto las significaciones culturales se manifiestan y se expresan en el movimiento, en el momento, en el evento. Cómo han llegado a ser lo que son, cómo pueden ser el origen de ‘nuevos inicios’. Hay que trazar otros itinerarios por los desvíos en busca de préstamos por parte de las disciplinas que pueden contribuir a darlos” (Balandier, 2003).

Más que hablar del pasado, tenemos que pensar en el futuro, en orientaciones y en posibles líneas de puesta en práctica de lo que llamamos diálogo intercultural. Nos parece, sin embargo, más interesante recoger una visión crítica a la reflexión intercultural, crítica que está presente en los múltiples debates de los seminarios, organizados por la Fundación CIDOB, aunque a veces sólo se pueda leer entre líneas.

Una primera crítica viene de fuera de Occidente, donde se considera el invento del “diálogo intercultural” como una nueva manera, entre tantas otras, con la que

Occidente demuestra su supremacía y divide el mundo en “*the West and the rest*”, donde “*the West*” dicta el orden que “*the rest*” acepta.

Una segunda crítica que apoyamos completamente es que la reflexión intercultural no ha sido capaz de traducirse en un proyecto político. Junto a esta segunda crítica podemos escuchar por parte de profesionales, políticos o científicos que la reflexión intercultural no deja de ser una visión utópica de ver el mundo y por esta razón no sería operativa o capaz de elaborar una propuesta política.

Intentaremos situar estas dos críticas en el debate actual sobre interculturalidad, explicitándolas y argumentándolas, ya que de alguna manera hace referencia a lo esencial de la reflexión y orientación intercultural, incluyendo además algunas perspectivas que apuntan hacia un cierto cambio en la reflexión en torno a lo intercultural.

Primera crítica: visión occidental

Se puede comprender que, desde fuera de Occidente, se sitúe la interculturalidad como una estrategia en la reflexión típicamente occidental para controlar la situación (y demostrar su superioridad) a través de un *ismo* más, dejando todo el esfuerzo en una tendencia pasajera y minoritaria, con el único afán de organizar temporalmente la incertidumbre.

Pero a lo largo de la historia y fuera del ámbito occidental ha habido intentos de plantear las interacciones culturales desde otra perspectiva, aunque en muchas ocasiones no han salido a la luz por fundamentalismos históricos o etnocentrismos consagrados. ¿Qué podemos aprender de estas reflexiones interculturales y que aportan al contexto actual?

Transculturación desde Cuba

En la actualidad, primero de manera tímida pero cada vez con más insistencia, vemos reaparecer el término “transcultural”. Decimos reaparecer porque en los años 30 y 40 del pasado siglo en Cuba ya se utilizó el término transcultural en oposición a aculturación, en boga en aquella época para describir y explicar los contactos entre culturas. Para Fernando Ortiz la transculturación sería este “proceso en el cual dos partes de la ecuación queden modificados y de la cual surge una nueva realidad, compuesta y compleja, una realidad que no es la aglomeración mecánica de caracteres, ni un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente” (Ortiz, 2002).

Hibridación desde México

Néstor García Canclini comprende por “hibridación” “los procesos socioculturales en los cuales estructuras o prácticas concretas, que existían de manera separada, se combinan con el fin de engendrar estructuras nuevas, objetos y prácticas” (García, 1989). Teniendo en cuenta las críticas que existen al término “híbrido” –concepto que daría por hecho que existe una división entre culturas “puras” y “contaminadas” – proponemos pensar a partir del término “hibridación” una posibilidad de salir del discurso esencialista de la autenticidad o pureza cultural. Hablando de un proceso

de relación o interacción, se pueden articular estrategias de reconversión e incluir aquello que no llega o no quiere hibridizarse o ser hibridizado.

“Si hablamos de hibridación como un proceso al cual se puede acceder, que se puede abandonar o del cual se puede ser excluido, es posible comprender las diferentes posiciones de los sujetos en relación con las relaciones interculturales”.

Hibridismo desde Australia

Nikos Papstergiadis diferencia tres niveles de “hibridismo”: un primer nivel sería la manifestación visible de diferencia en la identidad como consecuencia de la incorporación de elementos extranjeros; un segundo nivel, el proceso a través del cual las diferencias culturales son integradas o neutralizadas en el cuerpo de la cultura anfitriona; y en un tercer nivel encontraríamos la perspectiva para representar las nuevas prácticas críticas y culturales surgidas en la existencia diaspórica. Para el autor, el hibridismo significa: “Desafiar los mitos nacionales de lugar y de pertenencia, un rechazo a la oposición binaria entre puro y mezcla y la incorporación del derecho político a la movilidad y al mantenimiento de los vínculos culturales”.

Criollización desde Martinica

Podríamos dar más ejemplos desde ámbitos no occidentales, como la reflexión en torno a la “criollización” de Édouard Glissant¹ y los micro y macro climas de interpenetración cultural para entrar en lo que él llama “la identidad de relación”. “Hay que hacerse cargo del cambio que viene determinado por el intercambio, a partir de la identidad de la relación, del rizoma y de la cultura de las huellas. (...) La raíz única es la que causa muerte de todo lo que le envuelve mientras que el rizoma es aquella raíz que se extiende en busca de otras raíces” (Glissant, 2002).

Hay que subrayar un elemento común entre los conceptos híbrido, transcultural y criollo y es que todos han surgido, aunque sea en diferentes épocas de la historia, como estrategias desde la “periferia” para poder organizar su relación con el “centro”.

Pensar las mezclas en la actualidad

Más que de híbrido, transcultural o criollo como productos definidos, optamos por hablar de hibridación, transculturación y criollización, como procesos, capaces de mostrar los movimientos que los rechazan. Cuando pasamos del carácter descriptivo al explicativo nos damos cuenta en qué casos las mezclas pueden ser productivas o cuándo engendran conflictos y resistencias debido a lo incompatible con las prácticas desarrolladas.

En la actualidad, vemos un esfuerzo real de avanzar en el sentido de posicionarse desde el interior de las dinámicas recogiendo algunas de las pautas señaladas. Por ejemplo, el último informe del Consejo Europeo elaborado por Kevin Robins lleva por título *El desafío de las diversidades transculturales*². En él destacan cuatro puntos

¹ Poeta y filósofo, nacido en Martinica en 1928.

² *The challenge of transcultural diversities. Cultural policy and cultural diversity*. Consejo de Europa.

que señalan un cambio en el análisis de la sociedad multicultural: a) la aproximación a la interacción a partir de “diversidad y complejidad” ha desplazado la oposición simplista de minoría/mayoría; b) al introducir el término transcultural la cuestión de las minorías sale de su marco nacional; c) hablar de complejidad amplía el horizonte mental e imaginario de las categorizaciones étnicas incluyendo diferencias de otro tipo como género, edad, orientación sexual, etc., de hecho, ha servido para desetnizar la diferencia; d) ha hecho posible no ver la diferencia únicamente como un fenómeno problemático sino como un recurso positivo.

El informe plantea, además, dos aspectos que tienen una significación especial en relación con esta aproximación transcultural: diversidad cultural y espacio público, por un lado; y diversidad cultural y ciudadanía por el otro.

Segunda crítica: falta de proyección política

Respecto a la otra crítica –a que esta visión intercultural no es capaz de traducirse en un proyecto político–, el problema es que el concepto “cultura”, principalmente descriptivo, carece de una dimensión normativa, lo que lo hace incapaz de constituir un proyecto político. Sin embargo, los acontecimientos y el contexto político internacional han dejado claro que lo cultural irrumpe en el terreno político, que se vende y se compra en un mercado global y que existe una movilidad creciente de imágenes, de ideas y de personas; a pesar de ello, no se ha conseguido todavía que la reflexión intercultural se traduzca en un proyecto político.

Necesitamos una gramática para poder hablar de los procesos, los contextos cambiantes, los circuitos y los efectos que provocan, y tener en cuenta lo que pasa entre, con y sobre las personas que entran en contacto. Esto ya sería un primer paso ya que damos por hecho que la cultura no es la suma de las prácticas, sino que es la misma práctica la que, como resultado, da significado a una cultura. La pregunta entonces sería ¿hace falta compartir una cultura para poder vivir juntos?

Vivir la diversidad cultural no es fácil, pero es hora de que la asumamos como nuestra: nuestra sociedad es plural, nuestra experiencia es diversa y nuestra cultura –como cualquier cultura– necesita para sobrevivir cuestionar e interpretar los elementos culturales propios y ajenos en un proyecto continuo. Es momento de dejar de pensar la diversidad cultural únicamente a partir de un “otro” inquietante, un intruso que desestabiliza nuestra seguridad. Sin embargo, más que nunca, necesitamos categorizar lo que no conocemos para estar seguros de que lo extraño ni nos inquieta, ni nos amenaza. Y la manera más simple para comprender este desorden es clasificarlo todo en categorías: nosotros y los otros, los buenos y los malos, “identificación” cuando hablamos de los de dentro, “categorización” cuando hablamos de los de fuera. Identificarnos contra algo, contra alguien, refuerza nuestra identidad –no somos como ellos.

En la actualidad asistimos a un esfuerzo desesperado de categorización, en parte porque hace falta organizar la voluntad de diferenciación, innato a toda persona humana que antes quedaba clasificado en categorías sociales o en nacionalidades políticas. Se habla de pluralismo social, de pluralismo político, pero el pluralismo cultural queda en una discusión sobre minorías y mayorías, autóctonos y otros o generaciones de inmigrantes.

Diferencia e identidad, dos caras de la misma moneda, sin que haya sitio para la mezcla. Sin embargo, las culturas son híbridas, son productos de elementos culturales, reinventados o abandonados, importados o exportados con el único objetivo de guardar una cultura viva a partir de reinterpretaciones y recontextualizaciones continuas.

Estos elementos, el bagaje cultural que cada uno lleva consigo, tienen a veces problemas para acomodarse en un marco que no prevé su acomodación. Esto ocurre sobre todo en el caso de visiones distintas que se establecen en un tejido social determinado a causa de las múltiples movibilidades. Existe un debate político y social que se limita a pensar o a justificar lo que se incluye y lo que se excluye para reforzar este “nosotros” que según algunos se ha vuelto vulnerable delante de un “otro” invasor.

“Ellos siempre son demasiados. Ellos son los tipos de los que deberían haber menos, o mejor todavía, absolutamente ninguno. Y nosotros jamás seremos suficientes. Nosotros somos las personas de los que debería haber en abundancia.” (Bauman, 2005).

Estas dinámicas de identificación y categorización acaban instalando de manera implícita un modelo de comprensión unidireccional, es decir, que podríamos resumir en tres categorías:

Cultura: en contexto de importación (o exportación) de elementos culturales, lo que interesa incluir se llama cultura. No hablamos de aculturación ni de asimilación: es cultura y, en ciertos casos, pasa silenciosamente a formar parte de la cultura nacional.

Hibridación: una segunda apreciación está relacionada con elementos culturales, los cuales se reconoce que existen pero que no interesan como elementos de construcción identitaria (dominante). En este caso, hablamos de híbrido, un concepto del cual no se cuestiona ni la temporalidad ni el futuro. Consideramos que los elementos híbridos pueden ser vendidos y comprados pero no son capaces de generar una dinámica capaz de cuestionar la cultura dominante: quedan al margen en una categoría “híbrida”.

Diferencia: en esta categoría el aporte cultural no interesa para nada y queremos excluir. En este caso hablaremos de diferencia e incluso cuando hablamos de “derecho a la diferencia” estamos excluyendo, poniendo etiquetas a aquellos que no son como nosotros, y poniendo, además, las condiciones a una posible inclusión.

Interculturalizar

Dentro de una comprensión dinámica de las tendencias de los acontecimientos y sus efectos, se habla mucho de “transculturalismo” a partir de las consecuencias de la transformación entre lo social y lo cultural por los flujos y movibilidades transnacionales. Si el multiculturalismo ha sido o es una propuesta organizada, casi siempre por una cultura mayoritaria o dominante, queda claro que hoy tenemos que tener en cuenta la composición multiétnica y multicultural de muchos estados nacionales. Viejos términos vuelven en nuevos contextos, o nuevos términos intentan renombrar los procesos de cambios reales en las sociedades. En todos los casos, que sea multiculturalismo, pluralismo cultural o transculturalismo, no se trata

tanto de preguntarse si la palabra es mala o buena, sino en “qué medida este término me permite avanzar en la reflexión” (García Canclini, 2002).

Para poder hablar de esta delicada relación entre lo móvil y lo fijo sobre todo al ritmo vertiginoso de los procesos globales, proponemos hablar de “interculturalizar” como una posibilidad, un aprendizaje o una tarea. En este sentido, “interculturalizar” es, en primer lugar, dar por hecho que son las personas las que dialogan o entran en contacto y no las culturas; personas con sus memorias, sus miedos y sus esperanzas. Interculturalizar es pensar la cultura como un circuito de fluidos, y no como una esencia fija y estática que existe al margen de acciones, experiencias y prácticas.

Podríamos decir que el apoyo humano es la dimensión cultural de los procesos globales.

“Interculturalizar” es hablar de identificación y de diferenciación como un proceso con efectos múltiples en vez de hablar de una sola identidad idealizada o de una sola diferencia estereotipada. Y es, sobre todo, imaginar un futuro donde, de manera creativa, cada uno de nosotros tenemos la capacidad de negociar nuestro lugar en este mundo.

Referencias bibliográficas

BALANDIER, Georges. *Civilisés, dit-on*. París: PUF, 2003.

BAUMAN, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós, 2005.

Fundación CIDOB, *DCIDOB* No. 56 (verano 1996).

GARCÍA Canclini, Néstor. *Culturas híbridas*. México DF: Grijalbo, 1989.

GLISSANT, Édouard. *Introducción a una poética de lo diverso*. Barcelona: Bronce, 2002.

INNERARITY, Daniel. *El nuevo espacio público*. Madrid: Espasa, 2006.

ONGHENA, Yolanda. *Diversitat cultural i etnocentrisme. Acció i interacció*. *DCIDOB* No. 77 (diciembre 2000).